

MARÍA BELMONTE

EL MURMULLO  
DEL AGUA

FUENTES, JARDINES Y  
DIVINIDADES ACUÁTICAS

BARCELONA 2024



A C A N T I L A D O

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 2024 by María Belmonte Barrenechea  
© de esta edición, 2024 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición:  
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, *La piscina* (c. 1777-1779), de Hubert Robert

ISBN: 978-84-19036-89-6  
DEPÓSITO LEGAL: B. 2949-2024

AIGUADEVIDRE *Gráfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *marzo de 2024*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

## CONTENIDO

I. ELOGIO DE LAS FUENTES	9
El mundo subterráneo	19
II. AGUAS CLÁSICAS	
Grecia	25
<i>Fuentes, cuevas y pozos sagrados</i>	26
<i>¿Qué es una ninfa?</i>	31
<i>El antro de las ninfas</i>	43
Roma, «regina aquarum»	49
<i>El agua en Roma: poder y placer</i>	49
<i>Los acueductos, apoteosis de las fuentes</i>	55
<i>Un acueducto cerca de casa</i>	60
<i>La fuente junto al lago</i>	63
<i>En la villa Pliniana</i>	69
III. AGUAS RENACENTISTAS	
«Ubi sunt qui ante nos in hoc mundo fuere?»	79
La teología poética de la Academia Platónica de Florencia	86
Los jardines esotéricos del Renacimiento	92
<i>La «fons sapientiæ»</i>	92
Los jardines oníricos de Polífilo	101
Visita a las villas italianas renacentistas	110
El sueño de Hipólito de Este	116

#### IV. AGUAS BARROCAS

El agua como metáfora del arte papal	131
La Roma barroca de Gian Lorenzo Bernini	141
Gian Lorenzo Bernini, «l'amico dell'acqua»	148
Paseos por Roma: fuentes, obeliscos y elefantes	156
Apunte personal sobre <i>La gran belleza</i>	174
<i>Epílogo. En la fuente del bosque</i>	177
<i>Bibliografía</i>	191

*Para Sandra Ollo y para los Plinius, el Viejo y el  
Joven: los tres genios tutelares de este libro.*



## ELOGIO DE LAS FUENTES

Pétalos del Océano, las fuentes.

PÍNDARO, *Odas y fragmentos*, §326

Cada libro tiene su momento inaugural. La historia de la literatura contiene relatos legendarios sobre cómo surgieron algunos, como el Apocalipsis de san Juan, por ejemplo, del que se dice que fue producto de la revelación divina. También hay registrados casos de inspiraciones repentinas, de raptos de la mente o de libros dictados a raíz de una iluminación, como le sucedió a Jean-Jacques Rousseau cuando se dirigía a la prisión de Vincennes a visitar a su amigo Diderot y, presa de gran agitación, se tuvo que sentar bajo un roble mientras bullía en él el texto completo del ensayo *Discurso sobre las ciencias y las artes*. Y en el epílogo a *Memorias de Adriano*, Marguerite Yourcenar cuenta que escribió el libro de un tirón, en estado de gracia, en los tres días que duró su viaje en tren de Nueva York a Nuevo México, como si el propio emperador se lo hubiera ido dictando. El germen del libro que el lector tiene en las manos surgió, en cambio, y salvando las estratosféricas distancias, de la lectura de un artículo del periódico. Digamos que ésa fue la chispa inicial. Luego, poco a poco, las ideas se fueron acumulando hasta que algo nebuloso e informe se puso en marcha e inició su andadura. Si el nacimiento de un libro siempre es una operación misteriosa, también lo es su realización, porque, como escribe Stephen Spender, «escribir es la revelación gradual de todo lo que ya has senti-

do cuando surge la idea», como si la historia que quisieras contar se encontrase en un limbo aguardando a que accedieras a él y la rescates.

Pero volvamos al periódico. Hace unos años *The Guardian* publicó una reseña sobre la reedición de un libro editado setenta años atrás. La obra en cuestión se llamaba *Delight* ('Placer') y se había publicado en 1949. Su autor, J.B. Priestley, famoso escritor y dramaturgo británico (1894-1984), lo había escrito con la intención de levantar el ánimo de sus compatriotas, afectados aún por los estragos de la guerra, el racionamiento y la austeridad de los años posteriores a ella. La reseña hacía notar que pese a su fama de gruñón, Priestley había decidido compartir con sus lectores los pequeños placeres de la vida que le colmaban de satisfacción y citaba algunos ejemplos de los ciento catorce que componen el libro, como bailar, tomar un *gin-tonic* acompañado de un paquete de patatas fritas en un *pub* de pueblo, pasear por un bosque, fumar una pipa en una bañera bien caliente, el olor del beicon y del café por la mañana, leer una novela policiaca mientras afuera caen chuzos de punta...

Me compré el libro y disfruté mucho con la prosa irónica, brillante y cargada de humor de Priestley y con la descripción de las cosas placenteras que le alegraban la vida. Y ahí fue cuando surgió la citada chispa, porque la primera de todas las que mencionaba eran... *las fuentes*. La visión de una fuente, decía el autor, hasta de la más pequeña, siempre le procuraba un cosquilleo de placer. Le cautivaban durante el día con sus chorros límpidos y transparentes como diamantes y le cautivaban de noche, cuando producen una lluvia de esmeraldas, rubíes y zafiros. Recordaba en particular una fuente que contempló en la feria de Bradford cuando era pequeño, cuyos surtidores cambiaban de color al ritmo



de los vals de la Blue Hungarian Band. Pero ¿dónde están esas fuentes que tanto amamos?, se preguntaba Priestley. ¿Por qué hay tan pocas? E instaba a los lectores a enviar cartas a *The Times* y a Downing Street, y a organizar manifestaciones exigiendo la presencia de fuentes en cada plaza, porque ¿a santo de qué nos llenan nuestros gobernantes de chismes horriblos las ciudades, de trastos que nadie en sus cabales ha pedido y, sin embargo, se nos hurtan las elegantes, exquisitas y bellas fuentes?

Contagiada por el entusiasmo de Priestley, mi mundo se pobló repentinamente de fuentes, de todas las que había conocido en mi vida. No sólo de las que le gustaban a Priestley, con surtidores de colores que se proyectan en el cielo nocturno, sino de las que yo había encontrado y disfrutado durante mis caminatas por bosques y senderos de montaña. A mi memoria acudieron las fuentes que te reciben en los pueblos, en mitad de una travesía, y te permiten saciarte de agua, remojarte la cara, el cuello y los brazos y rellenar la cantimplora; la fuente de mi infancia en el parque de los patos de Bilbao, a la que los niños acudíamos en tropel después de montar en bicicleta o jugar durante horas; las maravillosas fuentes de las plazas y villas renacentistas italianas; las fuentes de Roma; los delicados surtidores y juegos de agua de los jardines árabes andaluces, las fuentes monumentales de las ciudades, cuyas estatuas celebran a las deidades acuáticas; las fuentes de los monasterios para purificarse antes de la oración y el sereno sonido de sus chorros... Pensé incluso en los charcos, esos pequeños lagos en calma que se forman en los caminos después de una lluvia intensa y que no sólo sirven de fuente para las aves y otros animales, sino que, durante unos días, hasta que se secan, componen un espejo en el que se reflejan artísticamente el cielo y las nubes.

Si entraba en un museo detectaba de inmediato una fuente semioculta en una pintura que antes me había pasado inadvertida. Como la del *Joven caballero en un paisaje*, de Vittore Carpaccio, en el Museo Thyssen, que acababa de ser restaurada. Allí, surgiendo de la roca, rodeada de una profusión de flores y arbustos, aves, animales y anfibios, hay una fuente medio escondida que forma al caer un delicado haz de gotas blancas, puras y cristalinas en un paisaje cargado de simbolismo. Mi mente convocó también nacimientos de ríos, pozas, lagunas, lagos, cascadas, surgencias, arroyos de montaña y ríos en los que me había bañado y cuyo origen era siempre una fuente. Viví una auténtica apoteosis acuática y volví a ser consciente del profundo significado del agua, como si en su movimiento estuvieran contenidos todos los misterios del mundo y nos conectara con el origen primordial de todo. Recordé las palabras que escribió Nan Shepherd en *La montaña viva*:

El agua, esa materia blanca y fuerte, uno de los cuatro misterios elementales [...] Como todos los misterios profundos, es tan simple que me da miedo. Mana de la roca y se aleja. Lleva incontables años manando de la roca y alejándose. No hace nada, nada en absoluto, salvo ser ella misma.

Para el caminante y para quien se adentra en la naturaleza, señalar en el mapa la presencia de fuentes es uno de los preparativos más importantes para determinar la cantidad de agua que deberá llevar consigo. Y descubrir que una de ellas ya no existe o que se ha secado puede significar un momento dramático para el viajero, incluso una cuestión de vida o muerte. Es lo que le sucedió a Cheryl Strayed mientras recorría el Sendero del Macizo del Pacífico, viaje que narra en su emocionante libro *Salvaje*. Durante una etapa

por una zona desértica y bajo un sol abrasador, cometió la imprudencia de beberse las reservas de dos litros que llevaba, confiando en que, según su guía, al cabo de unos kilómetros encontraría agua. Pero al llegar descubrió que no había ni siquiera un sorbo. Ni una gota. Nada de nada. Cero agua. La fuente más próxima estaba a ocho kilómetros y al llegar, totalmente exhausta, vio que era un lodazal de aspecto miserable. «Pero allí había agua», escribe. La filtró, la depuró, añadió comprimidos de yodo a la cantimplora y esperó treinta minutos para poder beber sin peligro:

Me senté en la lona azul y bebí una cantimplora entera, y luego la otra. El agua tibia sabía a hierro y barro y, sin embargo, nunca había probado algo tan increíble. La sentí moverse dentro de mí, a pesar de que, ni siquiera después de beber dos cantimploras de dos litros cada una, me había recuperado del todo [...] No tenía hambre. Ahora lo único que quería era agua. Volví a llenar las cantimploras. Dejé que el yodo las purificara y me bebí las dos otra vez.

En *Roumeli. Viajes por el norte de Grecia*, Patrick Leigh Fermor escribe que la sed hace que hasta el agua menos apetecible resulte deliciosa: «Sucede cuando se bebe un sorbo de líquido turbio en los desiertos profundos de Mani, o en las salobres corrientes de agua de una jadeante orilla de la costa cretense».

Mis recuerdos de fuentes y pozos son más amables y me producen una mezcla de serenidad y nostalgia, sin saber muy bien de qué. Recuerdo una fuente en un claro de un bosque cercano a un pueblo en el que viví bastantes años. Había encinas, robles y un viejo y venerable ciprés. También había salamandras en las cercanías de la fuente, esos anfibios tan bonitos de color negro y amarillo cuya presen-

cia denota la existencia de agua pura. Me encantaba ir a aquel paraje, y a mi perro también. Se subía de un brinco al brocal y esperaba a que yo accionara la manivela para hacer salir el agua y poder beber. El lugar desprendía magnetismo y esa sensación que los antiguos romanos expresaban como *Numen in est* ('Aquí habita una deidad'). Hasta que un día dejó de salir agua, desaparecieron las salamandras y el lugar perdió esa cualidad que lo hacía tan especial: la deidad del agua lo había abandonado. Alguien tendrá que escribir algún día la elegía a las fuentes desaparecidas, secadas y contaminadas.

Si me sintiera llamado  
a crear una religión  
recurriría al agua,

escribe Philip Larkin en su poema «Agua». Todas las religiones del mundo han considerado sagrada el agua y expresado que quien la contamine debe ser severamente castigado. Según la cosmovisión judeocristiana relatada en el Génesis, Dios creó un paraíso o jardín del Edén donde dio comienzo a su andadura la especie humana. En ese jardín el clima era apacible, estaba repleto de plantas y frutos fragrantés y sabrosos y numerosos animales convivían pacíficamente con Adán y Eva. En el centro del jardín había una fuente de la que brotaban cuatro ríos: el Pisón (Nilo), el Gihón (Ganges), el Hidekel (Tigris) y el Phirat (Éufrates). Esos ríos eran las venas de la Tierra, encargados de llevar la fecundidad a los cuatro puntos cardinales. En la iconografía cristiana esa fuente pasaría a simbolizar el conocimiento y la sabiduría divina y las aguas que manaban de ella eran aguas purificadoras, por lo que el rito del bautismo, que se realizaba originalmente en los ríos, liberaba

de los pecados al ser arrastrados por la corriente. En *Metamorfosis*, Ovidio narra que el dios Dioniso, agradecido al rey Midas por su hospitalidad para con Sileno, le concedió el poder de transformar en oro todo cuanto tocara. Midas no tardó en darse cuenta de que su vida se había convertido en un infierno y rogó al dios que le librara de su don. Éste le dijo que acudiera a las fuentes del río Pactolo, cercano a Sardes, sumergiera la cabeza en el espumoso manantial donde más abundantemente manaba el agua, para allí lavar al mismo tiempo su cuerpo y su pecado de codicia.

Mitologías aparte, la propia formación del agua en la Tierra, sobre la que los científicos todavía no se han puesto de acuerdo, tiene un carácter sumamente poético y misterioso. Algunos sostienen que se creó en el propio planeta a partir del proceso de desgasificación de una tierra primigenia muy caliente. Al ir enfriándose, el vapor de agua se condensó y precipitó en forma de inmenso diluvio que duró siglos y siglos. Eones de tiempo. Nuevas investigaciones apuntan a que una parte del agua de nuestro planeta llegó, gota a gota, a bordo de meteoritos que la golpearon a gran velocidad durante millones de años. Otra parte de nuestra agua proveniría de los cometas, lo cual significa que algunas de las moléculas del agua de nuestros océanos serían más antiguas que la propia Tierra, e incluso que el Sol. Pero el agua no sería la única reliquia que nos aportaron los cometas: también bombardearon la Tierra con materia orgánica—compuestos de carbono e hidrógeno, y a veces también de nitrógeno u oxígeno—, con lo cual el agua y los elementos que harían posible la vida habrían llegado a la Tierra desde el espacio interestelar. Sabemos que una molécula de agua se compone de dos partes de hidrógeno y una de oxígeno, pero no por ello deja de ser un misterio profundo. Así lo expresó D.H. Lawrence en su bello poema «El tercer elemento»:

El agua es H<sub>2</sub>O, dos partes de hidrógeno, una de oxígeno, pero también hay un tercer elemento, que la convierte en agua, y ése, nadie sabe cuál es.

La palabra *agua* proviene del latín *aqua* a partir de una raíz indoeuropea: \*ak<sup>w</sup>ā. El origen de la palabra *fuentes* también es latino, *fons*, *fontis* y está asociado a la raíz indoeuropea \*-dhen ('fluir'). Balzac escribió que «hay misterios encerrados en cada palabra humana» y se podría añadir que también existen palabras tan hermosas que desprenden vida, palabras bellas y misteriosas que son las joyas de una lengua. La palabra *manantial* es una de ellas y expresa como ninguna la poesía de las aguas. También hay otras, como *alfaguara*, palabra de origen árabe que significa 'manantial copioso que surge con violencia'; *bontanar*, 'sitio en que nacen fuentes o manantiales'; *surgencia*, 'manantial originado por la aparición de agua subterránea'; *vena*, 'conducto natural por donde circula el agua en las entrañas de la tierra'; *venero*, 'manantial de agua', 'principio de donde procede algo'; *mina*, 'nacimiento u origen de las fuentes'; *nacedero* y *naciente*: 'sitio donde nace o brota agua formando una corriente o un río', y las palabras que denotan el fluir de sus aguas están tan vivas y tan dotadas de movimiento que parece que vayan a salirse de la página: agua corriente, fluyente, murmurante, rumorosa, gorgoteante, chispeante, borbotante, burbujeante...

He visto y estado junto a muchas fuentes en mi vida. En la mayoría de ellas permanecía solamente el tiempo necesario para saciar la sed y llenar la cantimplora. Con los años he llegado a descubrir que las fuentes son lugares mágicos y liminares a los que hay que acudir sin prisa, como quien va a visitar a un amigo, para poder impregnarte de esa atmósfera especial que reina en ellas, sobre todo si están en

lugares aislados y solitarios. Las fuentes cantan y nos hablan directamente al subconsciente. Son paisajes sonoros, musicales. Junto a ellas escuchamos la música de la vida que bulle a su alrededor. Cuanto más las frecuento, más me asombran. El agua que mana de ellas primero cayó en forma de lluvia en la cima de las montañas, fue penetrando a través de grietas y fisuras para emprender su largo viaje por las venas del mundo subterráneo hasta brotar aquí, en la fuente, donde sale gorgoteando, borboteando, salpicando con estruendo o con suavidad. De la nube de la que descendió iniciará ahora su viaje hacia el mar. Si la acompañamos cuando se ha transformado en arroyo y prestamos atención, el oído podrá distinguir hasta una decena de notas distintas en su música. Pero las fuentes no sólo procuran placer al oído, sino que son una experiencia sensorial total. Reclaman la atención de nuestros cinco sentidos y conforman un microcosmos en el que las formas, los colores y los sonidos ambientales están orquestados por el agua. Apelan a nuestra vista porque el agua de una fuente nos deleita por sus brillos y destellos, por su claridad y por el paisaje del que se rodea: rocas, árboles, vegetación abundante, insectos, anfibios, aves. Naturaleza viva en movimiento. Junto a una fuente me esfuerzo por *ver*, no solo por mirar, y por *comprender* las infinitas formas que el agua puede adoptar en su viaje desde las nubes hasta el mar. Recupero el asombro de la infancia y descubro bosques de musgo, continentes de líquenes, junglas de helechos. Y qué decir del gusto, ¿acaso hay algo más delicioso que un trago del agua limpia y fresca de una fuente? Las fuentes también nos envían mensajes olfativos procedentes del aire, de la tierra, de la humedad, del bosque que nos rodea, de los hongos, de las bacterias de la tierra en descomposición, del musgo... Y el tacto, esa placentera sensación de frescor en la boca cuan-

do bebemos agua, cuando sentimos cómo se desliza por nuestra garganta llevando alimento a todas las células de nuestro cuerpo. O la voluptuosidad de sentir el agua en los pies, los muslos, la cabeza, al sumergirnos en una poza de río un caluroso día de verano, porque—como pone en boca de Adriano Marguerite Yourcenar—: ¿qué es la voluptuosidad sino un momento de apasionada atención al cuerpo? Junto a una fuente uno tiende a dejar de pensar en los problemas cotidianos y a concentrarse en lo más cercano, en el murmullo de las ramas de los árboles que se balancean por encima de ti, en el zumbido de los insectos, en el canto de las aves. Una fuente, como la meditación, te invita a vaciar la mente o a pensar «en pequeño». A dejar que tus pensamientos fluyan como un canto rodado arrastrado por la corriente de un arroyo.

Yo aprendí a nadar en un río y todavía recuerdo el olor que me envolvía mientras nadaba en sus frías aguas y que creía exhalado por el propio río. Sólo más tarde descubrí que era el olor desprendido por los chopos y la vegetación de la ribera: el olor de la vida vegetal que se mezclaba con el agua. En aquellos momentos de mi infancia, en que cada partícula del mundo se revelaba como un misterio, aquellos baños constituían experiencias numinosas. Y es que sumergirte en el agua es, como en el sexo, cruzar una frontera y penetrar en un nuevo territorio, en una atmósfera distinta donde rigen otros valores más elementales que refractan el tiempo y los sentidos; es una experiencia total, entras en otro elemento, te sumerges en otra dimensión. Y mientras nos esforzamos por mantenernos a flote, en el agua recuperamos nuestra olvidada condición de animales.